

GESTIÓN EDUCATIVA CON VALORACIÓN SOCIAL *

CUBA

José Ramón Fabelo Corzo

Doctor en Filosofía

Instituto de Filosofía del CITMA (La Habana)

Universidad Autónoma de Puebla (México)

Educap/Escuela Pedagógica Latinoamericana (EPLA)

Un buen punto para iniciar nuestra reflexión sobre la gestión educativa con valoración social es intentar conectar este enunciado con aquel otro que le da el sentido general a este encuentro: la formación docente para el cambio y el desarrollo social. Si hemos de precisar que la formación docente que nos proponemos debe perseguir el cambio y el desarrollo social, eso significa que asumimos la posibilidad de que esta formación pueda ser lo contrario de lo que anuncia el título de este encuentro, es decir, que la formación docente pueda ser no para el cambio y el desarrollo social, sino para que todo permanezca igual, para la conservación del *status quo*. Como quiera que la formación docente es parte consustancial de la educación, podemos concluir que puede haber entonces también diferentes tipos de educación: para el cambio o para la inmovilidad. Estas distintas maneras en que cabe asumir la dirección de los procesos educativos, emanan como posibilidades reales de un concepto amplio de lo que es la educación.

La educación es, en un sentido amplio, el proceso mediante el cual se produce la formación de cualquier ser humano. Todo individuo, al nacer, no es más que un candidato a hombre o mujer. Realmente, la formación de seres humanos plenos y cabales exige un proceso de educación que no se restringe a la educación formal que se recibe en instituciones educativas que existen para ello, sino que abarca también los múltiples procesos interactivos que se desarrollan como resultado de toda convivencia social.

Por eso, la educación es socialización, al mismo tiempo que es humanización. Mediante la educación nos convertimos en seres sociales y, al mismo tiempo, en plenos seres humanos. Para esa conversión se requiere por supuesto, en primer lugar, del propio proceso de maduración orgánica de nuestro cuerpo, de nuestro sistema nervioso, incluida la corteza cerebral. Pero ese proceso de maduración orgánica no sería en sí mismo posible

sin el influjo social. Necesita la mediación de un contexto social determinado que facilite la socialización y humanización de las que hablábamos. Conocidos son los casos de niños totalmente sanos desde el punto de vista de sus potencialidades anatómo-fisiológicas, que han crecido en ámbitos no humanos y que, precisamente por faltarles el contexto social y el consiguiente influjo socializador de la educación, nunca llegaron a convertirse en plenos seres humanos. Aun cuando tardíamente algunos de estos niños fueron reincorporados a la sociedad después de haber convivido varios años de su niñez con animales, no llegaron a desarrollar plenamente las capacidades humanas por haber pasado ya aquellas etapas diseñadas ontogenéticamente para su desarrollo en un marco educativo humano.

Lo anterior significa que la educación es un atributo antropológicamente universal y necesario. Todos los seres humanos necesitan ser educados, aunque sea en marcos educativos no formales. Nos educamos con sólo convivir con otros seres humanos, con sólo insertarnos en un determinado núcleo humano. Pero esa necesidad universal a la que responde la educación nunca se satisface en abstracto. Dicho de otra forma, no nos convertimos mediante la educación en hombres y mujeres en abstracto, sino en hombres y mujeres concretos, pertenecientes a un determinado contexto social, a ciertos grupos humanos, portadores de identidades particulares, identidades que se expresan no sólo en un sentido geo-cultural amplio (asociado, digamos, a una zona geográfica, a una región o a un país), sino también en un sentido más ideopráctico, como una actitud ante la vida que emana de cierta posición diferenciada dentro del propio sistema de relaciones sociales que incluye dentro de sí diversas identidades. Se trata en estos casos de identidades que divergen por razones de clases, de géneros, de generaciones, de profesiones, de preferencias sexuales, etc., y que, como decíamos, se expresan en diferentes maneras de tomar concien-

*Conferencia impartida en el Seminario Internacional "Formación docente para el desarrollo social", realizado por el Gobierno Regional de Huancavelica y Educap/EPLA, Huancavelica marzo 2011.



cia sobre los mismos asuntos, en distintas actitudes ante la vida.

Una actitud posible es la que podríamos calificar como pasiva, contemplativa, acrítica, conformista, nihilista, alienada. Una tal actitud no favorece en ningún sentido al cambio social, estimula una especie de espera indiferente e insensible a que el mundo tome por sí mismo el rumbo que mejor le parezca. Es una actitud que inhibe toda acción y desconfía de la propia capacidad práctica transformadora. No es ésta evidentemente la actitud por la que aboga nuestro encuentro. Pero es, sin duda, una actitud posible que lamentablemente encontramos hoy con demasiada frecuencia. No pocos jóvenes que salen de nuestras aulas tienen esta actitud pasiva, nihilista, inmatista, carente de toda proyección de futuro o, en el mejor de los casos, restringiendo esa proyección a lo puramente individual, sin un compromiso raigal con su comunidad, su clase o su nación. Es esta actitud un resultado posible de la educación, vista ésta en sentido amplio, un modo posible de socialización que paradójicamente termina fomentando el más descarnado individualismo. Muchos son los factores que favorecen este tipo de educación, factores que muchas veces rebasan las capacidades educativas de los propios educadores, factores asociados en ocasiones a coyunturas epocales como la que hoy vive una buena parte del planeta y que algunos han calificado como "condición postmoderna".

Sin embargo, no es ésta la única posibilidad educativa de nuestros días por más que la llamada "condición postmoderna" constituya un signo bastante generalizado de la cultura global contemporánea. Podemos y debemos fomentar un tipo de educación alternativo que busque formar una personalidad con un pensamiento crítico, cuestionador, con una actitud activa, práctica, optimista, con confianza en las posibilidades propias como individuo y como parte de una comunidad para el cambio social.

Ambos tipos de educación no existen sólo como posibilidades abstractas. Cada uno de ellos tiene intereses y fuerzas sociales que lo impulsan, que buscan, unos, la conservación del *status quo*, la mantención del mundo tal y como lo tenemos ahora, y otros, el cambio y el desarrollo social. Entre estos últimos están los que han organizado este tipo de encuentro que hoy nos convoca. De ahí el título del mismo: "la formación docente para el cambio y el desarrollo social". ¿Quiénes serían los más interesados en que las cosas sigan siendo lo que son, en que el mundo siga estando tal y como está? Y, por otra parte, ¿Quiénes estarían interesados en que el mundo cambie y que lo haga en un sentido progresivo, para mejor? Por simple lógica tendríamos que responder que lo primeros son aquellos que más beneficios y mayores privilegios han obtenido del mundo que hoy tenemos, mientras que los segundos son aquellos que más sienten

en carne propia las necesidades y valores asociados al cambio y la transformación social, los que más tendrían que ganar con esos cambios y transformaciones.

Si estamos haciendo estas reflexiones precisamente en uno de los lugares que dentro del Perú y dentro de América Latina más necesitan el cambio y la transformación social, como nos lo han sugerido los propios anfitriones de este encuentro; si se trata de uno de los lugares con mayores niveles de pobreza, con más problemas de salud, de desnutrición, de educación, pues no hay dudas de que si en un lugar del mundo, de América y del Perú resultan necesarios el cambio y la transformación social es precisamente aquí en Huancavelica. Por esa razón es tanto más necesario que los maestros y funcionarios educativos que aquí laboran tengan la convicción de que ese cambio y esa transformación no sólo son posibles, sino además necesarios, imprescindibles. Además, no se trata sólo de que nos convenga el cambio y que nos beneficie a nosotros en particular el desarrollo social. Se trata de una educación que realmente es la mejor, la más adecuada a las necesidades más apremiantes de la humanidad hoy. La necesidad de cambio no es exclusiva de los huancavelicanos, no es exclusiva de los peruanos o los latinoamericanos, sino que es una necesidad universal.

Hoy estamos viviendo un mundo que es amenazado por grandes problemas globales, todos ellos creados en mayor o menor medida por el propio ser humano. Y aquí nos encontramos en una encrucijada axiológica, de valores: ¿cómo es posible que si la mayoría de cada uno de los individuos busca el bien para sí mismo, entre todos hayamos conseguido a nivel planetario el mal para nuestra especie, incluso su posible desaparición? Si prestamos atención a las principales amenazas que hoy se ciernen contra el ser humano, prácticamente todas ellas han sido provocadas por él mismo: el calentamiento global, problemas ecológicos de todo tipo, la desnutrición y el hambre y otros muchos problemas que nos hablan de la irracionalidad del mundo que tenemos, un mundo que tiene la capacidad productiva para satisfacer las necesidades básicas y ofrecerle una vida digna a cada uno de los casi 7000 millones de habitantes que tiene el planeta y que es, sin embargo, un mundo en el que hay más de 1200 millones de hambrientos, un mundo en el que muchos no tienen nada y pocos lo tienen todo, todo lo que aquellos muchos carecen. Es un mundo absolutamente irracional, es totalmente asimétrico. Y lo peor no es sólo que la mayor parte de ese mundo sufra por los niveles exageradamente consumistas de la otra parte, sino, además, que el planeta mismo se viene abajo, porque tienden a

desaparecer las condiciones materiales que garantizan la reproducción de la existencia humana y la propia especie corre el peligro de extinguirse.

Por lo tanto, si hemos de buscar una educación para el cambio y el desarrollo social, ésta no es una misión sólo para los maestros y los gestores de Huancavelica, sino para todos los maestros y gestores de cualquier lugar del mundo, porque en realidad todo el mundo necesita ser cambiado. En este sentido es un error pensar que los llamados países desarrollados han llegado ya al status de desarrollo al que nosotros deberíamos aspirar para nuestros pueblos. No se trata de que miremos a los países del Norte con la sana envidia de quienes quieren ser como ellos. El asunto no puede radicar en aspirar a convertir a Huancavelica en un nuevo Miami, Nueva York o Londres. Eso es algo imposible y lo es, entre otras cosas, porque esas ciudades representan modelos no universalizables.

Al respecto son muy elocuentes recientes estudios sobre lo que ha dado en llamarse la “huella ecológica” del desarrollo humano. Se trata de estudios sobre los niveles medios de consumo que tiene un determinado país, el costo ecológico que esos niveles de consumo presuponen y la cantidad de planetas que sería necesario tener si se universalizara a los casi 7000 millones de habitantes del planeta esos niveles de consumo y estándares de vida. Bajo esta perspectiva, los autores de estos estudios han llegado a la conclusión de que si los estándares de vida de Gran Bretaña, por ejemplo, se llevaran a todos los habitantes de la Tierra, necesitaríamos 3 planetas. Si fueran los de EEUU los que se universalizaran, necesitaríamos 5 planetas. Y como no tenemos ni tres ni cinco planetas, sino sólo uno, por tanto esos modelos de vida no pueden ser nuestra aspiración, no podemos aspirar a tener esos niveles de consumo. No es posible y, además, no es deseable ni sostenible en ningún sentido.

Cuando hablamos acá de cambio y desarrollo social nos referimos al *cambio y desarrollo que nace de nuestras propias necesidades, no imitando modelos de nadie*, mucho menos imitando los modelos de los países supuestamente más desarrollados que son, de hecho, los que más empujan al mundo hacia el holocausto. El llamado *american way of life*, que por doquier se presenta por los medios culturales imperialistas como el modelo a imitar, está lejos de responder a las exigencias de un modelo de futuro humano, sería en todo caso el modelo de la autodestrucción humana.

No es en esa dirección por donde debe ir nuestro cambio y desarrollo social. Por supuesto

que tenemos que crecer materialmente y tenemos que crecer en el plano de la satisfacción de las necesidades básicas de todos nuestros pobladores. Es necesario eliminar la desnutrición, debe garantizarse la educación como derecho universal, debe eliminarse el analfabetismo, deben eliminarse las inequidades en cuanto al acceso a la cultura y a todos los bienes espirituales de la sociedad. Tenemos que alcanzar, en resumen, un nivel racional de satisfacción de todas nuestras necesidades materiales, pero *no podemos aspirar a la reproducción del modelo consumista que nos tratan de vender como el mejor de los mundos posibles*. Hay posibilidades ilimitadas de crecer en términos culturales, espirituales y no sólo o no exclusivamente en el ámbito material, para el que existen (como ya se ha mostrado) límites ecológicos imposibles de franquear sin dañar la capacidad de sobrevivencia humana. El crecimiento material ha de mantenerse dentro de los límites racionales que presuponen la posibilidad de darle a cada cual una vida digna, pero sin traspasar la capacidad natural de regeneración de nuestro ecosistema.

Un poco antes señalábamos que podemos tener una educación que favorezca la conservación del status quo u otra que propicie el cambio y la transformación social. Que prevalezca una u otra depende en buena medida de los educadores, pero no sólo de ellos; también depende en buena medida de la labor de los gestores. La gestión educativa tiene mucho que ver con las normas generales, las instrucciones comunes, la realización de la política educativa, los grados de movilidad, creatividad

y pensamiento crítico que los propios docentes pueden desplegar en el contexto particular en el que trabajan y la posibilidad de que se lo puedan transmitir a sus educandos. De la gestión dependerá en buena medida la labor docente y el resultado educativo. Si hemos de formar sujetos críticos que transformen revolucionariamente la sociedad en la dirección en que la necesitan las amplias masas populares, la educación tiene que ser capaz de formar ese sujeto transformador y la gestión tiene que realizarse desde el primer momento con valoración social.

¿A qué nos referimos con este concepto de “valoración social”, concepto que no por casualidad aparece en el título mismo de nuestra plática? Para entender qué significa ese concepto debemos de partir de otro todavía más básico: el de “valoración”. La valoración es el proceso mediante el cual un determinado sujeto capta la significación que para él tiene un objeto, fenómeno, proceso, acontecimiento. Se está valorando cuando se califica a algo como bueno, como justo, como bello, como útil; cuando se emite lo que llamamos un juicio de valor. El ser humano está constantemente valorando. Esa valoración puede tener su acento en la significación del objeto valorado para nuestra propia individualidad o en su significación para nosotros en tanto sujeto colectivo. Es decir, puede tratarse de una valoración egocéntrica (esto o aquello es bueno, bello o útil porque “a mí” en lo particular me conviene, me gusta o me beneficia) o puede ser una valoración socio-céntrica. En este último caso, el sujeto para el cual las cosas signifi-



fican algo no es el yo individual, sino el nosotros colectivo, la comunidad, el universo humano en el que nos insertamos. Entonces, eso quiere decir que la valoración puede ser realizada desde una subjetividad exclusivamente individual o desde una subjetividad compartida; por eso puede ser ego o socio-céntrica, individual o social. Cuando hablamos de una gestión educativa con valoración social tenemos en cuenta precisamente el predominio de lo social, de lo socio-céntrico sobre lo egocéntrico. Ello significa, en otras palabras, la prioridad de los intereses sociales sobre los individuales.

Es sumamente importante que esto sea tenido en cuenta por los gestores educativos que, a fin de cuentas, ocupan ciertos lugares en las jerarquías de poderes locales. Es posible, es factible, es propicio y es frecuente que quienes ocupan ciertos puestos en las jerarquías de poderes los utilicen en beneficio propio. Lamentablemente, con demasiada frecuencia esa posibilidad real ha acompañado como realidad consumada la gestión social en muchas de nuestras naciones latinoamericanas a lo largo de la historia. Una gestión educativa con valoración social exige, por el contrario, una cuota importante de altruismo, de compromiso con la comunidad, con la población, con los educandos, con los maestros.

Eso no significa que todos los gestores tengan que valorar de manera absolutamente igual. No todos viven y trabajan en las mismas condiciones, en el mismo lugar, en la misma provincia o departamento. En cada lugar los problemas pueden ser particulares, diferentes a los de otros lugares. Puede haber temas prioritarios comunes o prioridades propias y distintas. En cualquier caso, lo que sí debe ser universal y común es hacer una gestión con valoración social. Pero esa universalidad debe expresarse de manera particular en lugares distintos. Lo universal, lo general, siempre se expresa de manera diferenciada en diferentes contextos. Es una expresión de lo que podríamos llamar la “universalidad concreta”, aquella que se pone de manifiesto a través de un rasgo o atributo común que se expresa de manera distinta en diversas condiciones concretas (1). La valoración asociada a la gestión educativa tiene que ser social, pero al mismo tiempo tiene que ser concreta, es decir, debe ser diferenciada, apegada a las necesidades y valores de lo local.

¿Cómo puede un gestor, que a veces hace su gestión para diferentes comunidades o para toda una región, evitar hacer su valoración en abstracto? ¿Cómo lograr ese tránsito de lo universal abstracto a lo universal concreto? Una de

las vías que parece imprescindible para ello es el diálogo permanente con las bases sociales, con los educadores, con los educandos, con los padres de familia, con las comunidades a las que pertenecen unos y otros. Ello ha de realizarse dándole el debido lugar, en la determinación del contenido de la valoración social, a las pequeñas historias, a los valores y razones de lo local, asumiendo con orgullo lo propio.

Una de las tendencias más asentadas en nuestros pueblos, resultado histórico del colonialismo y del neocolonialismo y a veces de la subordinación del campo a la ciudad, de la sierra al llano, ha sido la subvaloración de lo nuestro, de lo propio, la asunción de que lo valioso es lo ajeno, lo de otros. Hace un rato señalábamos por qué el modelo occidental de desarrollo, ese que ha tenido su supuesto crisol en países como Inglaterra y EEUU, no puede ser universalizable. Si eso es así, con más razón *tenemos que buscar en nuestra propia historia, en nuestras propias raíces los valores que han de darle contornos específicos, particulares y concretos a nuestra educación y a nuestra gestión educativa. Recetas para ello no las hay. Tiene que partirse de la actitud creadora de nuestros gestores y maestros.*

Lo concreto es, precisamente, ese espacio en el que se interrelaciona la universal, lo particular y lo singular. Por supuesto que no podemos desconocer los procesos reales de universalización, incluyendo aquellos que hoy han recibido el nombre de globalización. Lo universal no puede ser desconocido, precisamente y ante todo, como un producto histórico real del proceso de universalización mismo de la historia. No han de desconocerse tampoco los genuinos valores universales alcanzados por la humanidad en ese proceso, pero debemos saber comprender e interpretar el modo particular y concreto en que esos valores universales han de darse un lugar en nuestro propio contexto.

Siempre se ha de aspirar a que haya una adecuada dialéctica entre lo universal y lo propio; y a que se tomen en cuenta tanto esas pequeñas historias, de las que antes hablábamos, como la gran historia a la que pertenecemos todos los pueblos del mundo desde hace más de 500 años, precisamente desde el momento en que la historia empezó a universalizarse con el mal llamado “descubrimiento de América”. Vienen a colación las palabras de aquel extraordinario maestro latinoamericano, José Martí, quien en un texto clásico titulado *Nuestra América*, texto que a mi juicio todo maestro latinoamericano debiera tener en su cabecera, señaló: “Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas” (2).

Notas

(1) Tal vez el siguiente ejemplo nos permita ilustrar mejor a qué nos referimos con el término “universalidad concreta”. Todos los seres humanos tienen la capacidad común de comunicarse lingüísticamente. En eso radica la universalidad de ese atributo. Sin embargo, unos lo hacen español, otros en inglés, otros más en quechua, etc. Esos son los modos particulares y concretos en que se expresa lo universal. Hablar cualquiera de esas lenguas es realizar en lo concreto un atributo universal humano.

(2) José Martí; “Obras Completas”, t. 6, La Habana 1964, p. 18